

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO

PARA NIÑOS.



Núm. 4.º

ADMINISTRACION:

Calle de las HUERTAS, núm. 42.

MADRID.—1857.

SUMARIO. *Geografía*, por D. José M. de Larrea.—*Los Saboyanitos*, por G. N. A.—*Los Cuentos de la Aldea*, por J. A. V.—*El Primer Amigo* (Leyenda).

EDUCACION PINTORESCA.

PERIÓDICO PARA NIÑOS.

GEOGRAFÍA.

(Conclusion.)

La forma de la tierra es, por consiguiente, la que representa la *semi-esfera*, que está colocada en la lámina, vista por el lado del antiguo hemisferio, palabra que significa lo mismo que esfera partida por mitad; pero la esfera, además de esta división perpendicular, ó de arriba á bajo, admite otra horizontal, ó de derecha á izquierda por la mitad de su altura, lo que produce á su vez dos hemisferios, el de la parte superior llamado *boreal*, el de la inferior *austral*. El punto céntrico y mas elevado del primero se denomina polo norte, ártico, septentrional ó boreal, y el punto opuesto en el segundo polo sur, antártico, meridional ó austral. Estos son dos de los cuatro puntos cardinales de la tierra, y los otros dos son el Este ú Oriente, á la derecha del que mira al Norte, y el Oeste ú Occidente á la izquierda. Se llama eje de la tierra, á una línea imaginaria que pasa por su centro y por los polos. Los semi-círculos que vemos trazados en el mismo hemisferio, y que se cruzan sobre él como una red, no existen realmente sobre nuestro glo-

bo; pero se han inventado para determinar por ellos la posición geográfica de los pueblos: el que divide la tierra por su centro es en la esfera un círculo máximo llamado *ecuador*, porque en efecto, lo separa en dos partes iguales; los demás que por ambos lados le son paralelos hacia los polos se llaman *pequeños círculos*, y sirven para contar sobre ellos los grados de *longitud*, marcándose 360 sobre el ecuador: la longitud puede ser oriental ú occidental, según que se cuente á la derecha ó á la izquierda del primer *meridiano*, el cual es otro círculo máximo, que se imagina que rodea la tierra pasando por los polos, y sobre el cual se cuentan los grados de *latitud*, que son noventa, desde el ecuador hasta cada uno de los polos, denominándose la latitud norte ó sur, según hacia la parte que se va contando. Además de estos círculos hay otros cuatro que dividen la esfera en *zonas*, á saber: la zona tórrida en el centro, comprendida entre los círculos llamados trópicos de Cáncer el superior, y de Capricornio el inferior; las zonas templadas que se extienden desde éstos á los círculos polares, que son dos, denominados según su posición, círculo polar ártico y círculo polar antártico; y finalmente, las

zonas glaciales desde estos mismos á sus respectivos polos.

La esfera celeste tiene tambien como la terrestre sus círculos y sus polos, y las estrellas están clasificadas en figuras ó constelaciones, clasificación que es muy útil para los marinos, que se guiaron por ella mucho antes de que se inventase la *brújula*, cuadrante en que están marcados los puntos cardinales y sus subdivisiones, que sirven tambien para marcar la direccion de los vientos, y que tiene en su centro una aguja de acero tocada al iman, cuya punta se dirige siempre al Norte. Las constelaciones que con sus nombres respectivos vemos en la figura grande que ocupa el centro de la lámina, son las del *zodiaco*, especie de banda celeste que señala el camino aparente del sol durante el *curso anual de la tierra*. Este está representado en la misma figura por la elipse que marca la órbita que recorre la tierra y que en astronomía recibe el nombre particular de *eclíptica*.

La inclinacion que como vemos presenta esta elipse con relacion al ecuador, al que corta en dos puntos, es la que produce el admirable fenómeno de las estaciones. A llegar el 21 de marzo, el *equinocio de primavera*, la tierra se encuentra á la altura del sol, y el hemisferio que mira á éste se ilumina de un polo al otro, preyectando la sombra un perfil que sigue exactamente un meridiado por cada lado, y el ecuador y los pequeños círculos que le son paralelos que-

dan exactamente divididos en dos partes iguales por la sombra y la luz, del que resulta necesariamente la igualdad del día y de la noche. Sigue la tierra avanzando hácia la parte mas baja de la eclíptica; el sol la domina alumbrando mas el hemisferio boreal; la parte iluminada es ya mayor que la que permanece en la sombra, y los días van creciendo en el hemisferio norte hasta que la tierra llega á la parte mas baja de su descenso el 21 de Junio, en cuyo día el mas largo del año, se dice que se verifica el *solsticio de estio*. Continuando su marcha va ascendiendo la tierra por la parte opuesta de su órbita, volviendo la sombra hácia el polo norte y teniendo lugar otra vez la igualdad de los días y de las noches, al encontrarse nuestro globo en el *equinocio de otoño* en 21 de setiembre. Ya desde aquí tiene que ir remontando su órbita, y la sombra va ganando cada vez mas el hemisferio boreal, hasta que alcanza el punto mas culminante de la eclíptica el 21 de diciembre, día el mas corto del año, y en que tiene lugar el *solsticio de invierno*. En esta época, sin embargo, el sol se halla mas próximo á la tierra que en el estio; pero el calor que aquel astro nos comunica, no depende tanto de la distancia como de la oblicuidad con que nos hieren sus rayos. Fácilmente se comprende que estos fenómenos que hemos observado en el hemisferio boreal, se realizan de una manera enteramente contraria para el austral, y que mientras nosotros disfru-

tamos de los días largos en la primavera y el estío, los habitantes de la otra parte del ecuador ven menguar los suyos en el otoño y el invierno.

Pero además de este movimiento de traslación al rededor del sol, tiene la tierra otro de rotación, dando vuelta sobre su eje cada 24 horas, de modo que como el sol no puede alumbrar mas que la parte que se le presenta, y teniendo ésta necesariamente que irse sumergiendo en la sombra á medida que la tierra va girando, resulta para nosotros el día y la noche.

El número de rotaciones que verifica la tierra sobre sí misma al recorrer la eclíptica, que es de 365, y próximamente un cuarto de otra, forman los días del año civil, aumentándose por esta fracción uno para los bisiestos. Cada siete días forman la semana, tomando aquellos su nombre de los planetas que los antiguos conocían, menos el domingo, que le dedicaban al sol: entre los pueblos modernos alumbrados por la luz del cristianismo, este día se consagra á Dios. El año se divide también en doce meses, y cada uno está asignado á la constelación del zodiaco, que entonces nos parece que el sol recorre.

Siguiendo el curso de nuestro planeta nos hemos olvidado de su satélite, de esa luna que vemos con tanto placer en las noches serenas, como un fanal que Dios nos envía para atenuar el horror de las tinieblas. La luna es, segun unos autores, 49 veces, y segun otros 53,

menor que la tierra, de la que dista 67,000 leguas. Tiene también un movimiento de rotación muy lento; pues le ejecuta en el mismo tiempo que tarda en andar su órbita al rededor de la tierra, esto es, en 29 días; de modo que haciendo casi en un mes su revolución terrestre, al cabo de un año la huella, si posible fuera trazarla, de la marcha de la luna al rededor de la tierra y del sol, produciría poco mas ó menos la figura que en la lámina representa el curso anual de la luna al rededor de la tierra. En ella se vé la tierra en sus doce posiciones mensuales, y al rededor indicado el curso de la luna. Mas abajo y en el lado opuesto vemos también las *fases mensuales de la luna*, las que son producidas por sus diferentes posiciones relativamente á la tierra y al sol. Cuando la luna se encuentra entre el sol y la tierra, desde ésta no se vé su parte iluminada; esta es la *luna nueva*. Siguiendo luego su marcha de derecha á izquierda se la va viendo poco á poco, hasta que siete días despues nos muestra la mitad de su disco alumbrado; este es el *cuarto creciente*. Viene otros siete días despues á colocarse detrás de la tierra y nos aparece enteramente iluminada; esta es la *luna llena*. Pasados en fin otros siete días nos ofrece otra vez iluminado la mitad de su disco, y este *cuarto menguante* va disminuyendo hasta volver á su primera posición.

Si entonces se colocara la luna directamente entre el sol y la tierra sucedería

que, proyectando la luna su sombra sobre nuestro globo, tendríamos un *eclipse de sol* en el punto que aquella cubriera. Si por el contrario, fuera la tierra la que se colorara entre el sol y la luna, habría un *eclipse lunar*, el cual sería parcial ó total, segun que la luna entrase en el cono de sombra en todo ó en parte. Si no hay siempre eclipse en estas dos posiciones, consiste en que no encontrándose la luna en el mismo plano que la tierra y el sol, puede pasar por encima del cono de sombra.

Tendremos concluida la tarea que nos hemos propuesto, mencionando, aunque sea muy ligeramente, los cometas, esos cuerpos celestes que han sido por muchos años la admiracion y el terror del vulgo. Los cometas son cuerpos opacos que giran en distintas direcciones, trazando órbitas extraordinariamente grandes, precedidos, seguidos ó rodeados de una atmósfera luminosa que se llama cola, cabellera ó barba, segun su posición. La vuelta periódica de algunos cometas ha sido calculada; pero no por eso debe asustarnos la reciente predicción de un astrónomo alemán, que presentaba como muy próximo el choque de uno de estos cuerpos con nuestro planeta. Contra este vaticinio hay muchas razones que sería largo enumerar aquí, y que nos aljarían mucho de nuestro propósito; pero debe asegurarnos sobre todo, el que no habiendo aparecido aun ninguna de las señales, que segun nuestras creencias religiosas deben anunciar el fin del mun-

do, no ha llegado todavía para este la hora terrible, y en este caso, ¿qué sirven los cálculos atrevidos de la ciencia del hombre, cuando es la omnipotente mano de Dios la que dirige la marcha de los astros por el inmenso espacio de los cielos?

JOSE M. DE LARREA.

LOS SABOYANITOS.

A corta distancia de Chambery, en la Saboya, hállase situada una miserable aldehuela compuesta en la mayor parte de rústicas cabañas, donde viven algunos pobres pastores de los Alpes. La miseria que reina, no solo en esta aldea, sino en toda la Saboya es espantosa, hasta tal punto, que todos los años una infinidad de familias tienen que desprenderse de sus hijos, entregándolos por una suma insignificante á amos mercenarios, que especulan con ellos y les hacen recorrer las principales calles de los pueblos de Europa, tocando ó bailando, en busca de una limosna, que no siempre obtienen, y que cuando alcanzan solo á sus dueños aprovecha.

Pietro Laudano era uno de los habitantes mas pobres de la aldea á que nos referimos: tenía tres hijos, el mayor de ellos de ocho años, que se ocupaban en guardar las cinco cabras, que constituían toda la riqueza de su casa. La madre de estas desgraciadas criaturas estaba enferma largos años hacia, conser-

vándola en este estado mas que otra co-

Pietro servia en cuanto le mandaban á



sa la miseria y las privaciones. El pobre | sus vecinos, y ademas pedia limosna á los

viajeros ricos á quienes la curiosidad obliga á recorrer las pintorescas cumbres de los Alpes.

Viniendo una tarde del monte los hijos de Pietro, donde habían estado todo el día, hallaron á su padre hablando con un desconocido, que por su traje y acento parecía piamontés. El deseo de saber, tan natural en los niños, hizo que el mayor de ellos, Angelino, se pusiese á escuchar detrás de una puerta lo que su padre y el desconocido decían, y oyó la siguiente conversacion:

—Pero qué pensais hacer? preguntaba el piamontés.

—Poner mi confianza en Dios, como hasta aquí, y tener paciencia.

—Vuestra mujer se muere por falta de cuidados, añadió el desconocido, y vuestra suerte es bien miserable....

—Lo sé, contestó interrumpiéndole y suspirando Pietro; pero yo no puedo dejaros mis hijos....

—Haceis mal, repuso el desconocido, ye os daría treinta escudos, con los cuales podriais remediar vuestra miseria; comprar algun ganado, y devolver la salud á vuestra esposa.

—No puedo....

—Mirad que el año se presenta malo....

—Dios, respondió el desgraciado padre, que proporciona su alimento á las avecillas, tendrá piedad de nosotros.

Las avecillas comerán, repuso brutalemente el piamontés; pero los hombres no son pájaros que viven con un grano.

¿Jamás os ha faltado el pan de cada día?

Pietro suspiró y guardó silencio.

—Con qué os conviene mi trato? volvió á preguntar el piamontés.

Después de un momento de reflexion, Pietro contestó resueltamente:

—No! yo no alquilo mis hijos.

—Pensadlo bien, añadió con la terquedad característica de los piamonteses el desconocido, y si mudais de opinion, acudid á la posada del *Ramo de Retama*, donde pararé hasta mañana.

Apenas se quedó solo Pietro dió libre rienda á sus tristes pensamientos, y sin querer una furtiva lágrima se escapó de sus ojos.

—Angelino, que como hemos dicho, había escuchado este diálogo escondido detrás de una puerta, se reunió en seguida con sus hermanos, enterándoseles de cuanto acababa de oír.

Giannetta, que solo tenía un año mas que su hermano, oyóle atentamente, y exclamó después:

—Te acuerdas de Luigi?

—¿Quién, el hijo de Alberto? preguntó Angelino.

—El mismo, contestó su hermana. Pues ese hace dos años que anda por lejanas tierras, y segun dice su padre está muy bien. ¿Quieres que nos vayamos?

—¿Y para qué? preguntó candorosamente Angelino.

—Mira, dijo Giannetta: Tú dices que el desconocido ha ofrecido á padre treinta escudos si consiente en que nos va-

yamos con él; con treinta escudos padre puede remediarse este año y madre curarse; nosotros solo les servimos de estorbo; hacemos gasto y no ganamos nada. Pasaremos trabajos, es verdad; pero padre y madre estarán mejor que ahora....

—Pero yo no me voy sin decírselo....

—Se lo diremos, dijo Giannetta. Si á padre le decimos que tenemos gusto en ir para ver mundo, nos dejará aunque lo sienta mucho.... y á madre.... ¡ya la engañaremos para que no se aflija!

Angelino y Rosa, que solo tenía seis años de edad, asintieron á la opinion de su hermana, y todos juntos se dirigieron en busca de Pietro, que estaba en una habitacion inmediata.

—Padre, le dijo Giannetta, mis hermanos y yo quisiéramos irnos á ganar la vida por el mundo; si consintierais y tuviérais noticia de alguno que nos llevara....

—Pero ¿adónde deseais ir? exclamó Pietro sin poder contener las lágrimas.

—A ver tierras, contestó Angelino. Recorrerémos la Francia, la España, la Alemania, y malo ha de ser que no encontremos en estos países un pedazo de pan.

Pietro, como buen saboyano, era supersticioso, y creyó que la Providencia, viendo la necesidad en que estaba, habia inspirado á sus hijos este pensamiento. Firme en semejante idea, hubiera creído cometer un pecado contrariándolos, así es que les dijo estrechándolos en

tre sus brazos con la mayor ternura:

—Teneis mi permiso y mi bendicion; ahora falta que vuestra madre quiera.

Diéronse tan buena maña los pobres niños, que lograron vencer por fin la desesperada resistencia de su madre, que intistivamente conoció el peligro á que se esponian sus hijos. Pietro llamó al piamontés, que vino corriendo, y que dijo al entrar con aire de triunfo:

—Bien sabia yo que habiais de mudar de opinion.

—Ay! yo no, exclamó Pietro con la voz ronca por la emocion. ¡Son ellos los que quieren marcharse!

—Haceis bien, muchachos, dijo el piamontés, dirigiéndose á los niños. ¡Ya vereis que buena vida os espera! Visitareis muchos países, y pasareis la vida bailando y cantando. ¿Quién como vosotros? añadió en tono burlesco y zalamero.

—No los tratareis mal. ¿Es verdad señor? preguntó el pobre padre perdiendo el color y estremeciéndose.

—Descuidad, repuso el piamontés. Cuando vuelvan vais á maravillaros de verlos tan gordos.

Pietro arregló un morral donde guardó la poca ropa que los niños tenían, y se le entregó á Angelino; Giannetta dispuso su físharmónica, y á la mañana siguiente los tres muchachos emprendieron la marcha, acompañados del piamontés.

La despedida de la familia fué dolorosísima. ¡Qué padre se separa de sus hijos sin que su corazon se desgarre de pena!

El piemontés organizó como mejor pudo su ejército de mendigos. Giannetta estaba encargada de tocar la lisharmónica, Angelino de bailar, y Rosita, que era la mas pequeña, de pedir. Dificilmente podríamos referir los trabajos que pasaron estas desgraciadas criaturas; su amo les trataba con inusitada crueldad; castigábalos duramente si la limosna que recogían no le parecia bastante; apenas les daba de comer, y para que inspirasen mas compasion, teníalos casi desnudos. En este estado y sufrimiento, resignados con los malos tratamientos del piemontés, recorrieron la Suiza, la Francia y la España, hasta que cumplidos los tres años de su ajuste, su dueño, que como hemos dicho no se distinguía por su buen corazon, les abandonó á la miseria y aislamiento.

Solos, y sin recurso alguno; pero tranquilos en medio de la desgracia, pues creían haber aliviado con su partida la pobreza de sus padres, dieron la vuelta hácia las montañas de su patria. Viviendo con mucha economía, é implorando la caridad pública, pudieron llegar por fin á su aldea. ¡Dios no les abandonó en su camino!

Pero figuráos cuánta no seria la sorpresa, cuando al llegar á su casa la hallaron en todo variada! Los muebles de la habitacion revelaban un mediano bienestar, y su madre, que salió á recibirlos, completamente restablecida y llorando de alegría, les enteró del cambio que se habia operado en su fortuna. Con

los treinta escudos que habia cobrado del piemontés, su padre compró algunas vacas, que llevó á vender á Turin. La suerte favoreció sus esfuerzos, y ganó en su primera especulacion cien escudos; en la segunda no fué menos dichoso, y despues de la tercera pudo adquirir un campo, á cuyo cultivo se consagró enteramente. Cuando llegaron sus hijos Pietro estaba en sus posesiones.

Para ser feliz solo le faltaban sus niños, que habia buscado hasta entonces inútilmente; pero Dios no quiso que quedasen sin recompensa las pobres criaturas, que sacrificando su libertad habian mejorado la posicion de su familia. Cuando Pietro al volver á casa los vió arrimados al hogar, creyó volverse loco de alegría; no se cansaba de besarlos, de abrazarlos, de llorar, ni de dar gracias al cielo. Angelino, Giannetta y Rosa, no se separaron mas del lado de sus padres, cuyo cariño no les faltó nunca, y andando el tiempo se casaron bastante bien: Giannetta con un rico propietario de Chambery, Angelino con una jóven del pueblo tambien bastante acomodada, y Rosa con un oficial del ejército sardo. ¡En el mundo no hay ningun sacrificio inútil.

G. N. A.



LOS CUENTOS DE LA ALDEA.

I.

En las aldeas donde las costumbres tardan mas en llegar, y mas en perderse, recordamos haber asistido á esas veladas de familia, cuyo primer encanto

que los niños escuchan con profunda atencion. Mientras mas fantásticas son estas invenciones, mientras mas miedo ponen en el corazon, mas cautivan el alma del sencillo y crédulo auditorio, y es que aquellas tradiciones exajeradas son el primer manjar ofrecido á la imaginacion que empieza á desarrollarse entonces.



es la sencillez. Allí donde no hay cafés ni teatros, ni siquiera neoramas, al redor del hogar se pasan algunas horas de las largas noches de invierno contando las viejas cuentos, patrañas y anécdotas,

En una de estas veladas, una vieja contaba cierta noche un cuento de brujas y trasgos, de silfos y muertos, capaz de asustar al mismo Hidalgo manchego, que tan familiarizado estaba

con hechizados y encantadores.

Tres niños escuchaban á la narradora con silencio tal, que de puro miedo ni aun respiraban siquiera. Terminó al fin la narracion, y entonces fueron los apuros. Todos hubieron menester compañía para quedarse dormidos, y todos tardaron mucho en hacerlo.

El mayor de ellos en particular, solo lo consiguió á duras penas, y tan impresionado por el relato de la anciana, que dormirse y comenzar á soñar fué todo uno.

Figurábase caballero en una mula negra, que galopaba, y galopaba sin rendirse jamás, cual si un espíritu invisible la aguijase. El viento silbaba á su alrededor tronchando los robustos árboles y plegando su negra vestidura.

Con la una mano intentaba inútilmente detener la cabalgadura fantástica, y con la otra sostenía un frasco lleno de un líquido que insensiblemente se evaporaba perdiéndose en el espacio.

Veía el crepúsculo de la tarde y la neblina de la mañana sin encontrar descanso jamás. Cruzaba campos verdes tapizados de flores y áridas llanuras desiertas. Unas veces el calor lo sofocaba, y otras el frío lo hacía envolverse en su largo ropon. Sentía sobre su cabeza pasar el tiempo como si cayesen los granos de arena de un reloj que se volviese periódicamente para marcarle las horas. Vió primero las rústicas casas de las aldeas y el humo de los hogares, y los baños cruzando las verdes campiñas, y oyó el eco de una campana, á cuyo sonido descubrían sus cabezas los labradores.

Luego sintió el pecho mas oprimido, cual si el aire que respiraba fuese menos puro; y confusos rumores de alegres cantares y dulces músicas llegaron á sus oídos. Entonces alzó las riendas y aguijó la cabalgadura, y corrió desalado hacia el sitio de donde partieron aquellos ecos; pero en vano, cuando se acercaba, las músicas sonaban discordes y los cantares eran una confusion, una gritería desordenada. Pero entonces oía mas lejos nuevas notas vagas y suavisimas, y volvía á aguijar y á correr salvando zanjias y precipicios, y viendo pasar hombres y mujeres, y pueblos, y ciudades, y oyendo lamentos, y carcajadas, y murmullos, y oraciones. En tanto su barba crecía y sus cabellos variaban de color, y el cansancio iba debilitando sus fuerzas. Entonces intentó detener la mula para bajarse, pero inútilmente, una mano invisible la aguijaba sin cesar. Trató de conocer á su compañero de viaje, y al volver la cara creyó ver á su lado el muro de un cementerio, á cuyo al rededor galopaba la mula; volvió asustado entonces la cabeza del todo, y se encontró con la muerte, ginele á las ancas de su cabalgadura.

Al grito de horror que lanzó entonces, despertó el niño pálido, sudoroso, y sobrecogido de espanto por la horrible pesadilla. Llamó á grandes voces á sus padres, y cuando acudieron contó temblando el suceso.

—Eso no es nada, hijo mio, le dijo su madre, y volviéndose á la vieja añadió: no vuelvas, Andrea, á contar esas cosas á los niños. Así se hacen cobardes y se llenan de manías y preocupaciones.

II.

Por la noche, cuando mas sereno re-feria el niño á su padre lo que habia so-ñado, le decia éste:

—Así es la vida, hijo mio, llamados por las pasiones y aguijados por la muer-te, corremos sin ver pasar las horas que nuestra invisible compañera cuenta una por una. Como la esencia de ese vaso que tú has visto en sueños, el alma se eleva insensiblemente hasta llegar á los piés de Dios para ser juzgada: entonces la muerte recoge sus despojos y los guar-da en los cementerios donde habita. ¡Oja-lá que en ese vaso que guarda el aroma de la existencia no caigan las lágrimas del delito, para que la sávia que encier-ra no se amargue, y al evaporarse su esencia se alce pura á los piés del Eterno!

J. A. V.

EL PRIMER AMIGO.

Leyenda.

I.

Cuando Adan y Eva fueron arroja-dos del Paraíso, los animales todos se dispersaron en diferentes direcciones.

La serpiente desapareció, arrastrán-dose entre las zarzas: la oveja, el cier-vo, la liebre se alejaron con espanto: el toro, embravecido, como si presintie-se ya el yugo, pasó bramando: el caba-llo, receloso, tomó rápida carrera: el leon volvió la cabeza, desafiando con su mirada al hombre caído: el tigre, el lo-bo y las demas fieras se pararon del mis-mo modo, rechinando los dientes, y

dando roncós aúllidos, se lanzaron en seguida sobre sus presas.

Va el águila y el buitre se dejaban caer en los aires sobre la tímida paloma, una gota de sangre que el viento traía, se mezcló á las lágrimas de Eva.

Adan exclamó con amargura: Ayer todos estos animales me estaban sometidos, y nos amaban; hoy los unos se ale-jan del hombre con terror, los otros se atreven á amenazarle, ¿serán, pues, to-dos los séres de la creacion enemigos nuestros?

Aun no habia concluido su esclama-cion, cuando sintiendo que le lamian la mano vió al perro á sus piés.

El pobre animal le habia seguido pa-so á paso: demostraba compartir las pe-nas de su dueño, sus ojos estaban hu-medecidos, como si llorase tambien.

Adan le pasó la mano por la cabeza: Eva enjugó sus lágrimas para acariciarle.

El perro manifestó su sumision y re-conocimiento. Levantóse, saltó, y la-drando de alegría, se arrastró otra vez á los piés de Adan y Eva, fijando en ellos su mirada franca y leal.

Adan dijo entonces con voz conmovida:

El Eterno no nos lo ha quitado todo, pues nos deja un amigo.

Así, desde los primeros dias, el per-ro fué llamado el amigo del hombre.

II.

Cain y Abel estaban ya en su juventud.

Un dia á la sombra de un árbol fron-doso descansaba Adan de sus trabajos campestres: Eva, sentada á su lado, li-laba silenciosa, mientras el perro dor-mia á sus piés.

De repente el animal se levanta con el pelo herizado, husmea el aire, y lanza un grito lastimero.

Adan se despierta sobresaltado: jamás su perro fiel ha aullado de aquel modo.

—No es así, dice, como ladra al aproximarse las fieras cuando guarda el ganado, ó persiguiendo la caza en la espesura del bosque.

El perro da tristes gemidos, levantando hácia el cielo su hermosa cabeza: sus aúllidos desusados llenan de espanto á Adan y á Eva. Vuelve hácia ellos sus tristes miradas, lame sus pies, olfatea el suelo, y busca en fin su rastro.

Adan y Eva le siguen con terror: el perro que les servia de guia continúa gimiendo, y les conduce por fin al lugar en que descansa el ensangrentado cadáver de Abel: sus lúgubres aúllidos hacen eco á los sollozos que desgarran los corazones de nuestros primeros padres.

El campo de la muerte hallábase desierto: el ganado había huido. Ni un solo animal quedaba al lado del cuerpo inanimado del jóven pastor. La serpiente tan solo, enroscada entre los espinos, dejaba oír su agudo silbido.

Allá á lo lejos, en lo alto, y en una densa nube, la voz del Eterno maldecia á Cain, asesino de su hermano.

Adan dijo entonces con amargura: yo tenia dos hijos: dos hijos, á los que amábamos tiernamente; pero éste ha muerto, y el otro, maldecido de Dios, no existe ya para nosotros.

El perro, cesando de aullar, lamia con timidez las manos de Adan y Eva.

Después que la tierra cubrió los despojos de Abel, los desconsolados padres

volvieron á tomar lentamente el camino de su morada: el perro los seguia un paso trás otro, compartiendo su dolor, y sus ojos húmedos parecían derramar lágrimas.

Adan se detuvo en el dintel de la puerta, y dijo enternecido:

El Eterno no nos lo ha quitado todo, pues nos deja un amigo.

Así, desde el primer día de duelo, el perro fué llamado el amigo del hombre.

III.

Cuando la mujer dió á luz su tercer hijo, Adan le puso el nombre de Seth, y teniéndole en sus brazos daba gracias al Eterno.

La alegría renació entonces en la morada del primer hombre.

Su perro leal habia envejecido, no podia ya acompañarle en la caza, ni aun en la guarda del ganado: sus miembros, gastados por la edad, habian perdido su fuerza.

Sin embargo, levantó la cabeza, y ladrando con voz débil, parecia gozarse en la dicha de su amo: sus ojos derramaban lágrimas de placer. Haciendo el último esfuerzos se arrastró hasta Adan, lamiéndole los pies.

Adan le pasó la mano por la cabeza: Eva, para acariciarle, enjugó sus lágrimas de gozo.

El perro ladró otra vez, y queriendo saltar, cayó exánime.

Adan dijo con voz enternecida:

El Eterno siempre nos ha mirado con misericordia: hasta la hora del consuelo nos ha dejado nuestro amigo.

Así murió el primer amigo del hombre.

BASES DE LA PUBLICACION.

Este periódico se publicará por entregas, repartiéndose cuatro al mes, y acompañando á cada una, cuando no lleve grabados en el testo, una lámina litografiada, entre las que se dará en cada estacion un figurin de Modas para niño. Cada mes se repartirá ademas otra enciclopédica de doble tamaño.

Las suscripciones principián desde 1.º de Abril.

Los números de los seis primeros meses formarán un lindo tomo, para cuya encuadernacion se repartirá un índice, con su cubierta en papel de color.

PRECIO DE SUSCRICION.

En Madrid 3 rs. al mes: 8 rs. trimestre: 15 medio año.

En Provincias 12 rs. trimestre: 20 medio año.

Con las láminas enciclopédicas.—Un real mas al mes respectivamente.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. En la *Administracion del Periódico*, calle de las Huertas, núm. 42; Pelegrini, Caballero de Gracia, núm. 8; Librerías de Cuesta, calle Mayor; Bailli-Balliere, calle del Príncipe; Perez, calle de Carretas; *La Publicidad*, Pasaje de Mateu; L. Lopez, calle del Cármen, núm. 29, y Duran, calle de la Victoria; Sanchez Rubio, calle del Prado; Dochao, calle de Jacometrezo.

EN PROVINCIAS. En las principales Librerías y Administraciones de Correos, ó directamente remitiendo el importe en libranzas sobre Correos ú otras de fácil cobro, en carta franca con sobre al Editor del Periódico ó en sellos en carta certificada.